

630842000 001

LAURA,

CEJ-XIX  
1546

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL.

Representado por primera vez en el teatro Principal de Cádiz,  
el 10 de Marzo de 1864, á beneficio de Doña Pilar Ros.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18

1864.



## PERSONAJES.

---

## ACTORES.

---

LUISA.....	DOÑA ANTONIA SEGURA.
LAURA, niña de 12 años <sup>1</sup> .	DOÑA PILAR ROS.
D. EUGENIO.....	D. SEBASTIAN BECHIO.
BLAS.....	D. JOSÉ GUERRERO.
D. FERNANDO.....	D. FERNANDO VIGO.
D. ANTONIO.....	D. RAMON ISRAEL.
UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL... ..	D. N. N.

---

La accion se supone en 1860, en una casa de campo, en las montañas de Aragon.

---

1 Este papel está escrito para que donde no haya una niña que pueda hacerle, le hagan las damas jóvenes, variando las fechas, como se verá en su lugar.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.



Á LA PRECOZ ARTISTA

DOÑA PILAR ROS.

Incomparable niña: La noche que te vi desempeñar en el teatro del Circo de esta corte los difíciles papeles de LA ARCHIDUQUESITA y AUNQUE LA MONA SE VISTA DE SEDA... concebí el proyecto de escribirte una obra: por circunstancias especiales no la pude concluir para que la hicieras entonces: hoy que está concluida te la envío, porque mi intención fué que tú la estrenaras: si tiene buen éxito lo deberé mas á tu donaire y talento que al mérito de ella.

Recibe esta muestra de simpatía del

Autor.







## ACTO PRIMERO.

Sala pobre de una quinta ó casa de campo; dos puertas laterales y una al foro, por la que se verá una montaña. Sillas y mesa rústicas; un tintero de cuerno y papel en la mesa.

### ESCENA PRIMERA.

LUISA, BLAS con escopeta, y LAURA.

BLAS. ¡Es el diablo esta muchacha!  
¿quién dijera?...

LUISA. ¿Qué pasó?

LAURA. No ha sido nada, mamá.

BLAS. Si se ha atrevido... ¡qué horror!  
para que por un descuido...  
¡Jesus y qué tentacion!

LUISA. ¿Pero qué fué?

LAURA. ¡Vamos, Blas!

No la diga usted por Dios...

BLAS. Lo diré, para que así  
te dé un castigo.

LUISA. ¿Señor!

¿qué habrá sucedido?

LAURA. ¡Nada!

BLAS. Debes con mucho rigor  
tratarla, porque hace cosas...  
¡que ni el demonio!



LUISA. Mas ..  
LAURA. ¡Oh!

BLAS. Ha hecho...  
LUISA. ¿Pero qué ha sido?

LAURA. Pues voy á decirlo yo:  
¿no me reñirás, verdad?

LUISA. Si no mientes...

LAURA. ¡No por Dios!

que la verdad te diré;  
atiéndeme: ¡Hum! ¡soplon!  
¿vé usted como no me riñe?

BLAS. ¡Así anda ello! ¡Es un dolor!

LUISA. Mas ¿qué quiere usted que haga?

BLAS. ¡Cierto! ¡buena educacion!

LAURA. Dame un beso adelantado  
y despues me darás dos,  
que el caso te contaré  
esperando tu perdon. (Se besan.)

Como sabes, fui con Blas  
al bosque al salir el sol,  
montadita en la pollina;  
llegamos, y me bajó  
dejándome bajo un árbol,  
y junto al cual arrimó  
la escopeta; en el momento  
cogió el hacha, y con furor  
empezó á partir su leña,  
en tanto jugaba yo  
persiguiendo mariposas;  
un rato largo pasó,  
y él buscando algun arbusto  
para su intento mejor,  
se alejó un poco de mí;  
y en esto, se me ocurrió  
acostarme bajo el árbol  
otra vez, cuando rumor  
oigo entre las zarzas; luego  
crece el ruido, y veloz  
salta un lobo...

LUISA. ¡Ave Maria!

LAURA. Jadeando de calor;  
sin turbarme, ni sentir



miedo, con gran decision  
cogí la escopeta, y pum!  
la disparé...

BLAS. ¡Y lo mató!

LUISA. ¡Hija mia! ¿Por qué hiciste  
esa locura? ¡qué horror!  
¿cómo te determinaste?...

LAURA. No me regañes; no es hoy  
la primera vez que cojo  
la escopeta y que...

BLAS. ¡Gran Dios!

asi ocurren las desgracias,  
y luego... ¡pero es valor!

LUISA. ¿Pero tú sabes tirar?

LAURA. ¡Del gatillo! ¿por qué no?  
¿eso qué tiene que hacer?

BLAS. Vamos, si es lo mas feroz!

LAURA. Si no apunté...

LUISA. ¿Pero cómo  
le mataste?

LAURA. ¡Qué sé yo!

La cogí como los hombres;  
tiré del gatillo, y pom!  
¡salió el tiro, y me caí!  
¡Blas al momento acudió!

BLAS. Me figuré que era ella  
la que estaba muerta.

LAURA. ¡Yo!

BLAS. Y cuando llego asustado  
llena el alma de temor,  
se me rie á carcajadas  
diciendo... «¡tambien cayó!»  
vuelvo la cara y me veo  
al lobo... ¡si esto es atroz!  
tendido sobre la tierra,  
pues la niña le metió  
dos balines nada menos,  
en medio del corazon!

LUISA. ¡Pues eso no se hace, niña!

LAURA. Nada malo sucedió,  
y no lo volveré á hacer;  
aunque mira, fué mejor



matarle, que si me embiste...  
BLAS. ¡Es verdad!  
LUISA. ¡Tienes razon!  
LAURA. Ya conoceis que hice bien;  
me diste un beso; ahora, dos,  
¡pues te conté la verdad!  
LUISA. Te los doy, á condicion  
de que no vuelvas... (La besa.)  
BLAS. ¡Corriente!  
¡qué bonita educacion!  
en lugar de regañarla  
y darla un castigo...  
LUISA. ¡No!  
sin castigo no se queda;  
que hubiera sido mejor  
que exponerse de ese modo  
á una desgracia...  
LAURA. Si yo...  
LUISA. Que hubiese acudido á usted  
dándole el arma...  
BLAS. Razon  
tiene tu madre.  
LUISA. Y asi  
no he de permitirla hoy  
ir por la tarde á la huerta.  
BLAS. ¡Al momento! ¡No señor!  
á la huerta irá conmigo!  
Otro castigo, ese no!  
LUISA. No irá con usted al bosque  
ningun dia.  
BLAS. ¡Eso es peor!  
¡Pues quién me acompañará?  
No estará á disposicion  
de la niña la escopeta;  
porque ahora que sé yo  
sus mañas, la evitaré...  
mas no la prives, por Dios,  
que me acompañe.  
LUISA. Y entonces...  
BLAS. Otro castigo; ese, no.  
LUISA. No comerá de las frutas  
que mas llaman su atencion.



- BLAS. ¡Sitiarla por hambre! ¡Bah!  
eso fuera muy feroz!  
Y privarla... ¡pobrecilla!  
¡otro castigo; ese, no!
- LAURA. ¡Señor Blas, siga usted así,  
que me vá bien!
- BLAS. Pues mejor  
te fuera si yo pudiese...
- LUISA. Si usted siente mas que yo  
el castigarla... ¿por qué  
viene con la pretension?...
- BLAS. ¡Porque es muy mala, hija mia!  
verás como pronto... ¡oh!  
nos da un susto...
- LUIS. ¿Y cómo haremos?
- BLAS. Se busca un castigo...
- LAURA. ¡Atroz!  
Si usted quiere á la Laurita  
que va á ser buena, y los dos  
somos los compañeritos  
en el campo... y el sudor  
enjugo á usted cuando viene  
fatigado por el sol...  
y... en fin, deme usted un abrazo  
y todo se concluyó!
- BLAS. Con estas gazmoñerías (Abrazándola.)  
me engaña sin remision.
- LAURA. Mamaita, tú dos besos;  
dámelos pronto; y adios! (La besa.)  
Porque veas que soy buena  
voy á estudiar mi leccion!

## ESCENA II.

LUISA y BLAS.

- LUISA. ¡Qué graciosa!
- BLAS. ¡Buena pieza!  
Con mucho mimo la tratas,  
y ya verás como un dia  
se te subirá á las barbas.
- LUISA. Ella no tiene mal fondo;



es loquilla... al fin muchacha;  
y si digo la verdad  
siento mucho castigarla.

¡Ya sabe usted, padre mio,  
que ha nacido desgraciada!

BLAS. No ofendas á Dios, Luisa;  
su infelicidad no es tanta.

¡Que no conoce á su padre!

¡Pues acaso la hace falta?

¡No la quiero yo, hija mia,  
como á un pedazo del alma?

LUISA. ¡Es muy cierto, señor Blas!  
ni aun con mi sangre pagara  
tanto bien como le debo.

BLAS. Hija, no me debes nada.

LUISA. Usted su amparo me dió  
y como padre me trata:  
por usted no ejecuté  
un crimen que ahora me espanta:

por usted vive mi niña,

que es un conjunto de gracias,

y el bálsamo con que curo

de mi corazon las llagas.

¡Dice usted nada le debo!

BLAS. Y digo la verdad; ¡nada!

Yo perdí una tierna flor,

hermosa cual la mañana,

del jardin de mis amores

tierna y escogida planta.

¡Perdí una hija! huí del mundo

y me vine á la montaña,

sin que por eso mi pena

la soledad mitigara.

En esta hacienda vivia

sin familia, sin que nada

me ligase con el mundo;

y en mi vejez solitaria

no tuve un ser racional

que por mí se interesara.

Te encontré sobre la cima

de la sierra una mañana,

y estorbé que en el abismo,



infelice, te arrojaras:  
me contaste que un infame  
de esposo te dió palabra,  
y abusó de tu candor  
dejándote abandonada,  
huérfana y sola en el mundo,  
de frente con tu desgracia.  
Que no querias volver  
á la ciudad, pues estabas  
por la falta cometida  
confusa y avergonzada.  
Yo te propuse que aqui  
vivieras en mi compañía,  
y que mi hija perdida  
para siempre reemplazaras;  
tú aceptaste, y aqui vives  
y como á padre me amas;  
aqui tu Laura nació,  
que si apellido le falta  
de su padre, tiene el mio,  
que puede ser que mas valga.  
Si yo te salvé la vida  
y consolé tu desgracia  
lejos del mundo engañoso  
y toda su pompa vana,  
tú consolaste al anciano  
de su pena tan amarga,  
y por tí tengo esa niña,  
que es mi delicia! Me halaga  
el tener una familia  
que de mi vejez cansada  
cuide con solicitud.  
¡Con que ves que es cosa clara  
que así ganamos los dos  
y que no me debes nada!  
LUISA. Porque usted lo mira así,  
y la bondad de su alma  
le hace pensar que su obra  
no tiene gran importancia.  
Pero cuando usted me halló  
huérfana y desamparada,  
engañada por el hombre



que amé, mi sola esperanza  
era dejar de existir;  
pues mis fuerzas no bastaban  
para sufrir ante el mundo  
la vergüenza de mi infamia!  
Usted me detuvo al borde  
del abismo en que me hallaba,  
usted me inspiró la fé  
con su caridad cristiana,  
y en un porvenir tranquilo  
llegué á tener esperanza!  
En usted un nuevo padre  
encontró esta desgraciada,  
y por usted no murió  
en mi propio seno Laura.  
¡Y aun me dice usted, señor,  
que yo no le debo nada!

BLAS.

Mira, hablemos de otra cosa:  
has de saber que me extraña  
que el nombre del seductor  
que tu vida emponzoñara  
nunca hayas dicho.

LUISA.

¡Es verdad!

huérfana y sola en mi infancia,  
por una pobre modista  
con esmero fuí criada.  
Un caballero muy rico  
nuestro taller visitaba,  
y todos le conocimos  
por don Eugenio de Lara.  
Pronto pude comprender  
que el venir á nuestra casa  
como parroquiano, era  
un pretexto: una mañana  
logró hablarme, y me juró  
que con delirio me amaba;  
¡hasta me ofreció su mano!  
Yo le amé... por mi desgracia.  
En esto mi bienhechora  
de pronto á la tumba baja,  
y sola me ví de nuevo  
y en el mundo abandonada!



Él su apoyo me ofreció;  
dí crédito á sus palabras;  
él astuto, yo infeliz  
á la par que enamorada...  
al fin se ausentó de pronto,  
despedazándome el alma  
por consejo de un sobrino...  
que Dios perdone...

BLAS.

¡Bien, basta!  
no quiero que ahora te aflijas...  
pero aquí se acerca Laura.

### ESCENA III.

DICHOS y LAURA.

LAURA.

¡Ay, mamá!

LUISA.

¿Qué pasa?

LAURA.

He visto

por el camino que baja  
encrespado y tortuoso  
de la vecina montaña,  
un caballo desbocado  
que veloz se despeñaba!  
El caballo no me importa;  
lo que me ha causado lástima  
es el jinete, que está  
sin movimiento y sin habla;  
ha caído entre las peñas;  
¡acuda usted sin tardanza,  
señor Blas! ¡Acuda usted!  
Yo voy á avisar que vayan  
por médico y á ayudarle  
los mozos de la labranza! (Váse.)

LUISA.

¡Jesus!

BLAS.

¡Ah! ¡voy al momento!  
¡pobre señor!

LUISA.

¡Qué desgracia!



#### ESCENA IV.

LUISA.

Ese infeliz, ¿quién será?  
Dios quiera que no haya muerto;  
si tiene vida, por cierto  
que aquí se le curará.  
Blas tiene buen corazon  
y procurará afanoso  
su salud y su reposo  
con cristiana compasion.  
Yo todo lo dispondré;  
la cama está prevenida,  
la lumbre tengo encendida:  
hilas... vendas...

(Registrando en un armario y poniéndolas en la mesa.)  
buscaré...

#### ESCENA V.

LUISA, BLAS, á poco D. EUGENIO, desmayado, conducido por  
dos ALDEANOS y LAURA.

BLAS. (Dentro.) ¡Pasad! ¡pasad por aquí!  
Luisa sin detencion  
en aquella habitacion  
arregla una cama.

LUISA. ¡Si!

(Entra por la puerta derecha: salen los aldeanos con  
D. Eugenio y Laura.)

LAURA. ¡Pobrecito! ¡cómo viene!

BLAS. Hilas y vendas; ¡muy bien!

(Tomando las que ha dejado Luisa en la mesa.)  
Vino hace falta tambien.

LAURA. Voy por él. (Váse por la puerta izquierda.)

BLAS. ¿Adónde tiene  
este infeliz las heridas? (Exáminándole.)  
una es aquí, en la cabeza.

LAURA. (Sale.) Aquí hay vino.

BLAS. Con presteza



lavaremos... prevenidas  
ten las hilas y las vendas.

LAURA. Aquí estan.

BLAS. Mas ya respira.

EUGENIO. ¡Ay de mí! (Fija la vista en Laura.)

LAURA. ¡Cómo me mira!

BLAS. ¡Es necesario que entiendas  
que debes estar callada! (Curándole.)

LAURA. Corriente, ¡me callaré!

EUGENIO. ¡Callarte, niña? ¿y por qué?  
¿De quién es esta morada?

LAURA. Es de Blas.

BLAS. ¡Ya está enterado!  
Piense usted solo en curarse  
y del daño repararse;  
por lo demas ¡no hay cuidado!

LAURA. ¡Y es verdad!

BLAS. ¡Silencio, niña!

EUGENIO. No te calles, que tu acento  
me consuela.

LAURA. Aunque lo siento,  
callo, porque no me riña.

BLAS. Me parece que no son  
las heridas de cuidado.

EUGENIO. (Mirando á Laura.) (¡Ay! ¡Su voz ha resonado  
en mi triste corazon!)  
¿Qué edad tienes?

LAURA. (Á Blas.) ¿Se lo digo?

BLAS. Despues; ahora á descansar,  
que no le conviene hablar.

EUGENIO. Tú, niña, vendrás conmigo:  
¿qué edad tienes?

LAURA. (Le dice por señas que doce años: Blas le hace  
gestos.)

¡Yo no hablo!

EUGENIO. ¡Doce años! ¡doce años! (¹).

BLAS. ¡Oh!

(¡Al cabo se lo encajó!  
¡esta chiquilla es el diablo!)

---

(¹) Quince, si no es una niña.)



Está usted muy conmovido.

EUGENIO. Diga usted: ¿cómo se llama?

BLAS. Vamos adentro; la cama  
espera; no dé al olvido  
que la fiebre le devora,  
y es suficiente razon  
para que conversacion  
no deba dársele ahora.  
Luego, gozando del aura  
asi que ya esté curado...

EUGENIO. Tu nombre te he preguntado. (Á Laura.)

LAURA. No lo digo á fé de Laura,  
¡porque me van á reñir!

BLAS. ¡Y lo encajó! ¡No hay remedio!  
No habrá de curarle medio,  
si no procura dormir.

EUGENIO. ¡Laura!

BLAS. (¡Pero es maravilla!  
No la conoce y se afana...)  
Descanse ahora, que mañana...  
(¡Qué ángel tiene esta chiquilla!)

## ESCENA VI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Ya está la cama dispuesta.  
¡Cielo santo! (Viendo á Eugenio.)

EUGENIO. ¡Ay! Esa voz...

¡Jesus! (Se desmaya al ver á Luisa.)

LAURA. ¡Pues se ha desmayado!

BLAS. Como en hablar se empeñó...  
Vamos, vamos á llevarle  
hasta aquella habitacion.

## ESCENA VII.

LUISA y LAURA.

LAURA. ¿Te has puesto mala, mamá?

LUISA. ¿Yo mala? ¡No, Laura, no!

LAURA. ¡Estás pálida! ¿Qué tienes?



¡Ya sé! Te ha causado horror  
el ver la sangre y heridas  
del caballero: por Dios  
que también á mí me ha dado  
un desconsuelo... un temblor...

LUISA. (¡Pobre niña!) Si supieras...

LAURA. ¿Qué, mamá? ¡Tiembla tu voz!

LUISA. ¡No es nada! ¿Llamaste á Pedro?

LAURA. Por el médico partió  
á la aldea. ¡Pobrecito  
caballero! y qué impresion  
le ha causado verme aquí!  
apenas en sí volvió  
quería que yo le hablara,  
y con visible emoción  
me ha preguntado mi edad  
y cómo me llamo.

LUISA. (¡Oh!

¡Es que la voz de la sangre  
hablaba en su corazón!)

LAURA. Y el señor Blas no quería  
que le contestara: yo,  
que estaba compadecida  
del pobrecito señor,  
mi edad le dije por señas.

LUISA. (¿Por qué ha permitido Dios  
que yo le haya vuelto á ver,  
y de ese modo? ¡oh dolor!)

### ESCENA VIII.

DICHOS, D. FERNANDO y D. ANTONIO.

FERN. Es aquí donde han traído  
hace poco á un caballero  
que el caballo despeñó  
desbocado en esos cerros?

LUISA. Aquí es.

FERN. ¿Y dónde está?

LUISA. En el próximo aposento  
curado de sus heridas;  
mientras que no llega el médico



que esperamos de la aldea,  
vamos á ver si es que el sueño  
puede calmarle la fiebre.

FERN. ¿Tan de cuidado?

ANTONIO. (¡Qué veo!  
se parece esta mujer  
á la costurera.)

LUISA. Pienso  
que las heridas son graves.

FERN. ¿Y no pudieramos verlo?

LUISA. Esperadme un breve rato:  
la razon traeré al momento.

### ESCENA IX.

LAURA, FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO. (¿Reparaste á esa mujer?)

FERN. (Su semblante, con efecto,  
no desconozco.)

ANTONIO. (Es sin duda  
la costurera que há tiempo  
tuvo amores con tu tío  
en Teruel.)

FERN. (Qué dices?)

ANTONIO. (¡Cierto!)

FERN. Dime, niña: esa mujer  
¿es parienta?

LAURA. ¡Ya lo creo!  
¡Si es mi madre!

FERN. Y dí: ¿quién es  
tu padre?

LAURA. Yo, caballero,  
no he conocido mas padre  
que un honrado y pobre viejo,  
que segun pude saber,  
libró á mi madre hace tiempo  
de la desgracia.

FERN. ¿Es posible?

LAURA. Ella siempre sin consuelo  
se queja de su destino;



mas cuando en mi padre pienso  
me dice que no pregunte,  
porque es voluntad del cielo  
que á mi verdadero padre  
no conozca en ningun tiempo.

FERN. Y dí: ¿de dónde es tu madre?

LAURA. De Teruel.

ANTONIO. (Vienen al suelo,  
Fernando, tus esperanzas,  
si tu tio, conociendo  
á esa mujer, á la hija  
reconoce.)

FERN. (¡Con efecto!)

ANTONIO. (Ya sabes que experimenta  
continuos remordimientos  
por haberla abandonado.)

FERN. (Forzoso es poner remedio.)

ANTONIO. (¡Ay de tí y tus acreedores  
si revoca el testamento!)

LAURA. Mi madre llega.

FERN. Es verdad.

LUISA. (Saliendo.)

Ya pueden pasar á verlo.

FERN. Vamos allá. (Si hay peligro  
de que aborten mis proyectos,  
á todo trance es preciso  
de esa niña deshacernos.)

## ESCENA X.

LAURA.

El otro señor herido  
me interesa; ¡pero estos!  
¡Jesus, y qué caras tienen!  
no deben de ser muy buenos.  
¡Y qué curiosos que son!  
¿Qué puede importarle á ellos  
el saber quién es mi padre?  
¡Y yo, necia, que al momento  
les he dicho la verdad!



Mentir es pecado feo;  
pero con estos curiosos  
se peca poco mintiendo.

## ESCENA XI.

LUISA y LAURA.

- LUISA. (Apenas abrió los ojos  
en mí la vista ha fijado  
y otra vez se ha desmayado!  
¡Dios, aplaca tus enojos  
y consérvale la vida!)
- LAURA. Madre mia, ¿estás llorando?  
¿te has afectado mirando  
del caballero la herida?
- LUISA. ¡Eso es!
- LAURA. Dí: ¿es peligrosa?
- LUISA. Bastante; y por eso lloro  
y de Dios piedad implero.
- LAURA. ¡Me aflige verte llorosa!  
El señor se aliviará  
y conservará su vida:  
no llores, madre querida,  
que pronto se curará.
- LUISA. Hoy llorar es mi destino,  
porque mi pena se agrava;  
yo de todo me olvidaba  
sin hallarle en mi camino!
- LAURA. ¡Pues qué! ¿le conoces? ¡dí!
- LUISA. ¡Hija no! (¡No sé qué digo!)
- LAURA. Mamá, sé franca conmigo  
y no te aflijas así.  
Yo nada del mundo sé;  
mas cuando tengo un dolor  
hallo un bien consolador  
en decírtelo, ¡si á fé!  
La pena que á tí te aflija  
puede ser que halle consuelo,  
y que se aplaque tu duelo  
al contársela á tu hija!
- LUISA. ¡Laura, si no puede ser!



Hay cosas que en realidad  
una niña de tu edad  
no debe nunca saber.

LAURA. Verdad que soy una niña  
y pregunté demasiado;  
perdóname mi cuidado.

LUISA. No temas que yo te riña  
por tu cariñoso celo.  
¡Hija del alma querida!  
tú eres de mi triste vida  
solo y único consuelo.

LAURA. Há poco tanta alegría  
en la casa, y ahora veo  
tanta pena... yo preveo  
mucho mal en este día!  
Nada te preguntaré,  
que es pecado ser curiosa;  
pero al menos cariñosa  
yo tu llanto enjugaré.  
De tu pena en el exceso  
para templar tus agravios,  
tus lágrimas en mis labios  
recogeré con un beso;  
y si ni aun así consigo  
el dar á tus males pausa,  
aunque no sepa la causa,  
también lloraré contigo!

## ESCENA XII.

DICHAS, D. ANTONIO.

ANTONIO. Tengo que hablarla, señora,  
pero á solas.

LUISA. ¡Cómo! ¿Á mí?  
¿tiene usted que hablarme?

ANTONIO. Si.

LUISA. Vete á tu aposento ahora,  
que luego te buscaré.

LAURA. ¿Tú lo mandas? Me retiro.  
(Cuanto mas á este hombre miro  
menos me gusta.) Me iré.  
Hasta luego, mamá mía;



yo voy á rogarle al cielo  
porque se calme tu duelo.  
(De este señor desconfía.)

ESCENA XIII.

LUISA y ANTONIO.

LUISA. Ya estamos solos.

ANTONIO. Señora,  
usted ha visto há un momento  
que al contemplarla el herido  
y al encontrarla de nuevo,  
se ha desmayado.

LUISA. Señor...

ANTONIO. No hay nada de extraño en eso;  
conoció á usted como yo;  
él sufre el remordimiento  
natural, porque en un día  
en terrible desconsuelo  
la dejó á usted abandonada  
faltando á su juramento.  
El estado en que se halla  
es, señora, muy funesto,  
muy mal está; por su vida  
con harta razón tememos.  
Su situación es horrible  
mientras que no venga el médico  
que se ha mandado llamar  
en el inmediato pueblo.  
Es preciso que se evite,  
señora, porque es expuesto  
que á usted y á su niña vea,  
hasta que cure; pues temo  
que esas fuertes emociones  
pongan su existencia en riesgo.

LUISA. ¡Está bien! yo no entraré,  
yo procuraré no verlo,  
hasta que el médico diga  
que no hay peligro; comprendo  
el daño que puede hacerle  
el verme en tales momentos  
en que teme por su vida,



instantes de desconuelo  
en que á los tristes mortales  
asalta el remordimiento.  
Pero la niña, él no sabe  
que es su hija.

ANTONIO. Con efecto;  
mas sabe que dejó á usted  
en cinta; calcula el tiempo,  
vé ese niña aquí á su lado,  
y comprende desde luego!  
Hasta que no se mejore,  
conmoverle será expuesto.  
Debe usted marchar de aquí  
con su hija.

LUISA. ¡Lo comprendo!  
Quiere usted que cuando cure  
no pueda volver á verlo;  
que él no conozca á su hija,  
que todo lo juzgue un sueño  
ó un delirio de la fiebre  
que ahora turba su cerebro!  
Viene usted con su sobrino;  
el libertino perverso  
á quien no le tiene cuenta  
que su tío enmiende el yerro  
que cometió... ¡no me marchó!  
Aquí con mi hija me quedo;  
no le veré, ni la triste  
entrará en este aposento  
hasta que no esté curado;  
mas entonces, quiero verlo!

ANTONIO. (Será preciso impedir  
de esta mujer los proyectos.)  
¡Está muy bien!... yo confío  
que aguarde usted por lo menos  
á que se cure: si no,  
horrible remordimiento  
si llegara á perecer...

LUISA. Me guardaré de tenerlo.

ANTONIO. Vuelvo á su lado; el sobrino  
no tiene interés en esto;  
este paso... yo le doy



movido por el afecto  
que como amigo estimado  
al desdichado le tengo!

LUISA. Pues bien; por mí nada tema.

ANTONIO. ¡Señora, guárdela el cielo!

### ESCENA XIV.

LUISA, á poco LAURA.

LUISA. ¡Oh! comprendo la maldad  
que se encierra en su consejo!  
que me marche... ¡no le dejo!  
cuidarle en su enfermedad  
es mi deber; el doctor  
avisará cuando pueda  
entrar á verlo; no queda  
mas consuelo á mi dolor.

LAURA. (Á la puerta izquierda.)  
Di, mamá: puedo salir?  
¿se fué ya aquel caballero?

LUISA. ¡Ven, hija! Estrecharte quiero  
en mi seno! (La abraza llorando.)

LAURA. ¡Tal sufrir,  
ya, mamá, me desespera!  
sin duda que ese señor  
ha aumentado tu dolor.  
¡toma! ¡Como si lo viera!  
¡Tiene un modo de mirar...  
y sabe que es muy curioso!  
Mas recobra tu reposo,  
mama mia, ¿á qué llorar?

### ESCENA XV.

DICHAS y BLAS.

BLAS. ¡Jesus! ¡Jesus, qué desgracia!

LUISA. ¿Qué ocurre?

LAURA. Si, ¿qué sucede?

BLAS. Ese hombre vivir no puede;  
¡no sirve nuestra eficacia!



De él cuidan esos señores,  
y yo voy por el doctor,  
¡no se nos muera!

LAURA. ¡Ah!

LUISA. ¡Qué horror!

BLAS. ¡Son terribles sus dolores!  
la fiebre es grande; delira;  
llama á una mujer llorando  
afligido y sollozando;  
habla de muerte, ¡y suspira!  
¡Por su terrible ansiedad,  
debe estar en la agonía;  
ruégale á Dios, hija mía,  
que le otorgue su piedad!  
¡Voy por el médico yo  
por ver si aun á tiempo llega! (váse.)

LAURA. (Aterrada.) ¡Madre!

LUISA. (Con voz solemne.) ¡Arrodíllate y ruega  
al cielo por él!

AURA. Mas...

LUISA. ¡Oh!...

¡En tan solemne momento  
debes saber la razón,  
porque ores de corazón  
y Dios escuche tu acento!  
¡Sí! ¡De rodillas las dos! (Se arrodillan.)  
¡Llora y reza con tu madre,  
que el que allí muere es tu padre!

LAURA. ¡Jesus!

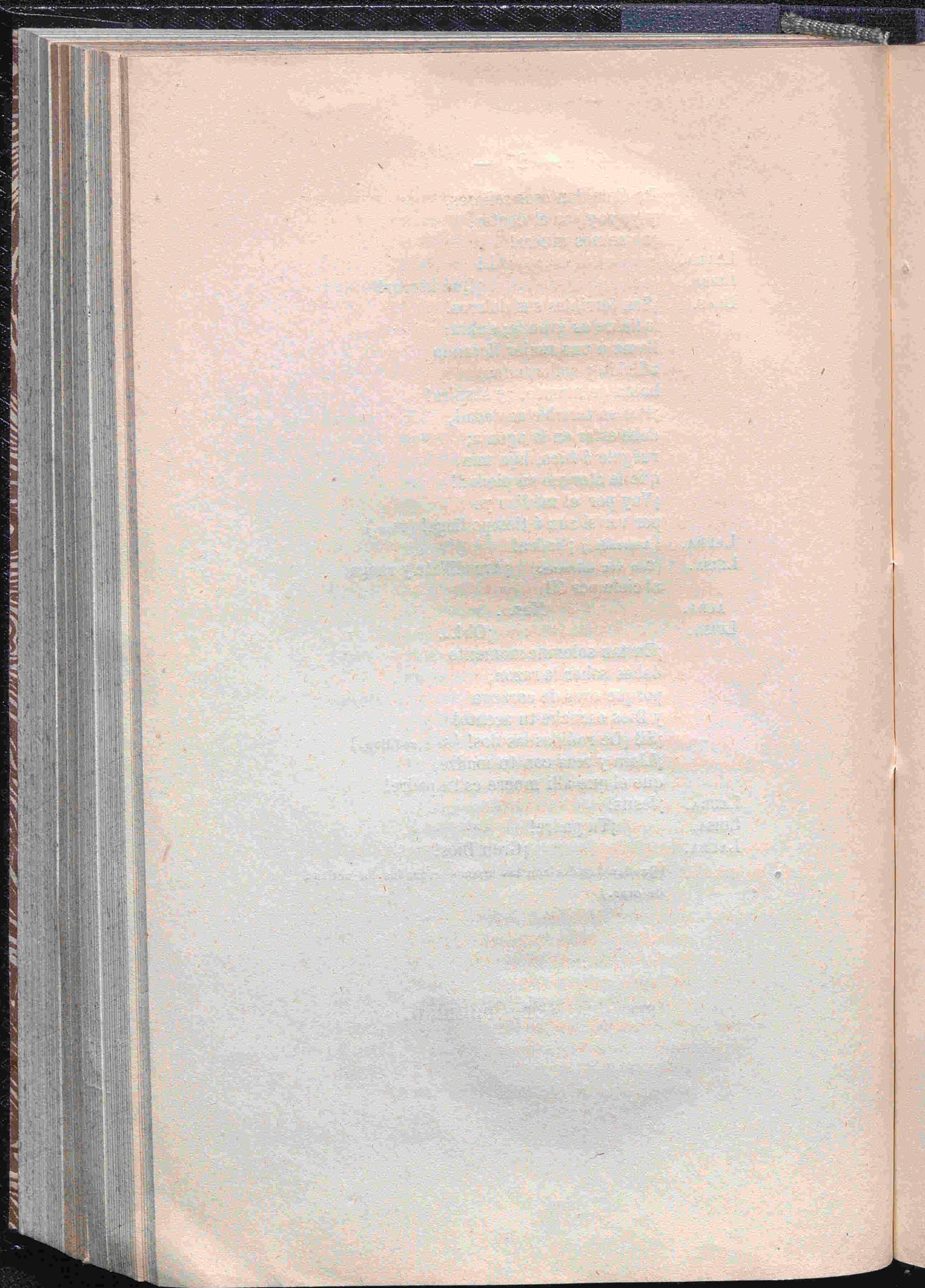
LUISA. ¡Tu padre!

LAURA. ¡Gran Dios!

(Quedan las dos con las manos cruzadas en actitud  
de orar.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.







---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, D. FERNANDO.

FERN. No me encuentro satisfecho,  
pues tengo desconfianza  
de que tan precisos planes,  
como me afirmas nos salgan.

ANTONIO. No pueden fallar, Fernando;  
ya sabes que hay doble causa,  
para que doble interés  
me tome yo en tu demanda.

FERN. Ya; por cobrar...

ANTONIO. ¡Ya ves tú!  
gozoso te abrí mis arcas,  
y ya casi, casi, estoy  
arruinado; pues tú gastas  
de tal modo, que ni el oro  
de California bastara.  
¡Confiabas en tu tío,  
y yo tambien confiaba;  
en verdad que me engañé  
al tener tal confianza!  
porque viejo y achacoso



al tío me figuraba,  
y al verle... ¡qué desengaño!  
¡adios, ilusión dorada!  
Me encuentro que aun es muy joven,  
y que en galanteos anda  
con esa pobre modista,  
por quien ser padre aguardaba.  
¡Vé mi dinero perdido!

FERN. Y sofocaciones tantas  
me diste...

ANTONIO. Que conseguí  
que aquel papel me firmaras,  
obligándote á entregarme  
de todo cuanto heredaras  
la mitad.

FERN. Exactamente.

ANTONIO. Urdimos luego una trama,  
y al bueno de don Eugenio  
pudimos llevar á Francia,  
sin que á su bella dijese  
ni siquiera una palabra;  
ella desapareció:  
él tornó luego á buscarla  
movido por su conciencia,  
y nadie razón le daba  
de la joven. Doce años<sup>1</sup>  
de esperanza en esperanza  
llevamos los dos... tu tío  
gozando salud y tanta,  
que temo que tal herencia  
no logres...

FERN. Y yo...

ANTONIO. ¡Mal haya  
cuando te di mi dinero!

FERN. Esa queja es infundada;  
es verdad que no he podido  
durante fecha tan larga  
pagarte; mas entre tanto,  
yo te presenté en la casa

---

1 Quince.



de mi tío, como amigo,  
víctima de la desgracia.  
Mi tío se conmovió;  
creyó la historia inventada,  
y tendiéndote la mano  
te hizo que te quedaras  
á mi lado; de ese modo  
vives, disfrutas, no gastas;  
de suerte, que tu dinero  
bien mirado...

ANTONIO.                    ¡Que te engañas!  
me quieres dar á entender  
que ya tengo reintegrada  
la suma! ¡Qué necio eres!  
¿Pues dí, Fernando, no gana  
réditos un capital  
que se amortiza?

FERN.                        ¡Si!

ANTONIO.                    ¡Vaya,  
no te hagas ilusiones!  
Lo cierto es, que el tiempo pasa,  
y que yo vivo afanoso  
buscando ardides y trazas  
para asegurar tu suerte  
á la par que mi ganancia.  
Logramos que el testamento  
á tu favor otorgara  
tu tío hace dos años:  
lo principal nos faltaba,  
y era que muriese.

FERN.                        ¡Ah!

ANTONIO. Yo te indiqué...

FERN. (Con horror.)        ¡Basta! ¡basta!

ANTONIO. Está bien; y tus escrúpulos,  
que por quien soy que me espantan,  
impidieron mis proyectos!  
mas tú te escandalizabas...  
clamabas en tono épico,  
y blasfemias... amenazas...  
no eras tan escrupuloso  
cuando mi caudal gastabas!

FERN.                    ¡Ay, Antonio!



ANTONIO.

¡Bueno, al caso!

cuando en aquella mañana  
se desbocó su caballo...  
no sabemos por qué causa, (Con intencion.)  
vimos que se despeñó  
y abrigamos esperanzas;  
mas héte que la fortuna  
por acaso le depara  
quien le recoja y le cure  
y abrigo le dé en su casa,  
y se encuentra con su amante  
y con la niña... se agrava  
por un derrame interior...  
de cuyo derrame...

FERN.

¡Calla!

¡me horrorizas!

ANTONIO.

Ó si no...

(Movimiento de horror de Fernando.)  
¡debieras tener mas alma!  
Con engaños, hasta el día  
impedimos que se hablaran.  
Esto no puede durar;  
pues cuando el enfermo salga  
á esta habitacion, al cabo  
se verán... y si se hablan...  
¡Nada! ¡cortar por lo sano!  
hija y madre sin tardanza  
desaparezcan.

FERN.

¡Antonio!

Por medio del crimen...

ANTONIO.

¡Basta!

Es preciso: ¿no lo entiendes?  
si con valor no te hallas,  
déjame á mí: yo sabré...

FERN.

¡Mira que el crimen me espanta!  
no busquemos de ese modo  
lo que...

ANTONIO.

¡Que se acercan, calla!

¿Qué mas crimen que ser pobre  
en esta bendita patria?  
Es la modista.

FERN.

Pues vete,



que quiero á solas hablarla.

## ESCENA II.

FERNANDO y LUISA.

LUISA. ¡Señor! ¿Cómo está su tío?  
FERN. Sigue bien.  
LUISA. ¡Gracias á Dios!  
FERN. Tenemos que hablar los dos.  
LUISA. Pues ya le escucho. (¡Dios mio!)  
FERN. El herido, hace tres días  
se puso malo, de suerte  
que pensamos que la muerte  
le dieran sus agonias.  
En tal momento, imprudente,  
en un impulso de madre,  
dijo usted... «Ese es tu padre,»  
á la niña...

LUISA. ¡Ciertamente!  
Señor, en tal desconsuelo  
anheló mi corazón  
que fervorosa oración  
de mi hija llegase al cielo!  
Porque rezara con fé  
en un dolor tan profundo  
por su padre moribundo,  
el secreto revelé.

FERN. Y en ello hizo usted muy mal,  
pues esa revelación  
ha de llegar ocasión  
en que la será fatal.

LUISA. ¡Fatal, señor? ¡No comprendo!  
FERN. Se lo explicaré, señora:  
mi tío se encuentra ahora  
por su dolencia sufriendo.  
La intención de usted se alcanza;  
pretende que la conozca,  
y de que la reconozca  
por hija tiene esperanza.  
Mas lazos hay en la vida  
que manda la sociedad



romper... tal vez con crueldad:  
ley fatal, pero sabida.  
Es rico y noble mi tío,  
y no puede descender  
hasta usted; no puede ser,  
y esperarlo es desvario.  
Si herido la conoció,  
hace muy pocos momentos  
que con débiles acentos  
de esta manera me habló:  
«Fernando, dile á Luisa  
»que así lo quiere el destino,  
»que huya, pues, de mi camino,  
»porque á huirme la precisa  
»la mía y su condicion;  
»que cuando salga de aquí  
»no la halle...»

LUISA.

¿Cómo?

FERN.

Si.

«Que en prueba de proteccion  
»que yo le ofrezco á su hija,  
»porque viva con decoro,  
»por ahora admita este oro,  
(Dándola un bolsillo.)  
»y que por mí no se aflija.»  
¿Eso ha dicho?

LUISA.

Si, señora.

FERN.

¡Mentira!

LUISA.

¿Cómo?

FERN.

¡Mentira!

LUISA.

¡Usted solo es el que aspira  
á alejarme de aquí ahora!  
Ya comprendo el plan artero  
por usted solo fraguado,  
y esta tramoya ha inventado  
por ser único heredero!  
¡Mas no piense usted que huya!  
¡reparacion pediré,  
y que sepa lograré  
que mi hija es sangre suya!  
¡Y pensó usted torpe y necio  
sobornarme con su oro!



¡Aspiro á mayor tesoro,  
y á usted y al oro desprecio!  
(Arrojando el bolsillo.)

FERN. ¡Calle usted, señora!

LUISA. ¡Oh!

FERN. Que su mal es violento:  
oyéndola en tal momento  
usted va á matarle.

LUISA. (Bajando la voz.) ¡No!  
¡Yo callaré resignada!  
¡no me oirá, no! ¡yo lo fio!  
¡Salva su vida, Dios mio,  
por mi hija desgraciada!  
¡Me escucha usted, don Fernando,  
con zozobra, hasta con miedo!  
¡Tiene usted razon! ¡Me quedo  
una ocasion esperando!  
¡Yo nada le pediré  
para mí, que nada quiero;  
mas su proceder artero  
en su noticia pondré!

FERN. ¡Y aun me osa amenazar!  
¡No sabe usted, desgraciada,  
que yo impediré que osada  
pueda al herido llegar?

LUISA. Desde aqui le velaré,  
por mas que usted esté alerta;  
él saldrá por esa puerta  
algun dia y le hablaré.  
Él tal vez su culpa llora;  
quizás está arrepentido  
de su abandono y olvido.

FERN. ¡Mucho se engaña, señora!

### ESCENA III.

DICHOS y el MÉDICO.

MÉDICO. Buenos dias.

FERN. Venga usted.

Como tanto se ha tardado,  
el enfermo se ha agravado.

MÉDICO. Voy á verle.



LUISA. Señor...  
MÉDICO. ¿Qué?  
FERN. ¡Señora, que es muy urgente  
que al punto al enfermo vea!  
LUISA. Comprendo lo que desea.  
MÉDICO. Bien. Saldré inmediatamente.

#### ESCENA IV.

LUISA y BLAS.

LUISA. ¡No me abandones, buen Dios!  
BLAS. Hija mia, ¿qué te pasa?  
LUISA. Que ese inicuo está empeñado  
en aumentar mi desgracia  
impidiendo que le hable.  
BLAS. Y ese empeño... ¡por qué causa!  
LUISA. Es el único pariente  
que tiene...  
BLAS. ¡Comprendo; basta!  
LUISA. En heredar sus riquezas  
funda toda su esperanza,  
y teme que á su hija vea...  
BLAS. ¡Entiendo toda la trama!  
Pero te juro, hija mia,  
que no ha de salir de casa  
sin que tú le hables!  
LUISA. ¡Señor!  
BLAS. ¡No faltaba mas! ¡Pues vaya!  
¡Y antes, he de hablarle yo!  
¡que si la excusa que fraguan  
es la emocion que pudieran  
motivarle tus palabras,  
yo no puedo impresionarle  
y he de entrar en esa sala!  
¡Estamos bien! ¿Los extraños  
quieren mandar en mi casa?  
¡No señor! Yo le diré...  
«Esa niña delicada,  
»que es la flor de este verjel  
»y orgullo de la comarca,  
»tiene vuestra sangre; yo  
»se lo afirmo!... Esa muchacha



»ha quedado con su madre  
»por usted abandonada!  
»No quiero que la recoja  
»de ningun modo, ¡no! ¡vaya!  
»¡Solo quiero que lo sepa,  
»porque aquí... nada le falta,  
»y si me quita esa niña  
»con ella me quita el alma!»  
LUISA. ¡Es usted muy bueno!

BLAS.

¡No!  
¡Egoísta, vaya en gracia!  
¡Esa niña es mi delicia,  
mi alegría, mi compañía!  
Mas su padre es un truhan  
sin corazón... ¡Buena alhaja!  
Tal vez hacía el buen camino  
pueda conducirle Laura;  
es obra de caridad  
y que juzgo muy cristiana,  
darle al mortal condenado  
á quien ya Satan reclama,  
un ángel de salvación  
que purifique su alma!

## ESCENA V.

DICHOS, LAURA.

LAURA. ¡Dame un beso, mamá mía!  
¿cómo esta mi padre?

LUISA. Mal  
según dicen.

LAURA. ¡Es fatal  
esta situación impía!

LUISA. Muy tarde te has levantado.

LAURA. ¡Aunque sin verle ni hablarle  
y sin poder consolarle,  
aquí á mi padre he velado!

BLAS. ¿Cómo?

LUISA. ¿Tú?

LAURA. No me riña...

Anoche á acostarme fui



cuando me mandaste.

Si.

LUISA.

LAURA. Luego vine...

LUISA.

¿Cómo?

BLÁS.

Niña...

LAURA.

Despues sola en mi aposento

afligido el corazon

y abrumada de afliccion,

sobre la cama me siento.

Por mi padre á Dios pedia:

me vestí: pasé á esta sala:

la puerta esa gente mala

muy bien cerrada tenia.

En ella puesto el oido

toda la noche he pasado,

y de mi padre he escuchado

el mas pequeño quejido!

¡Latia mi corazon

al llegar á mí su acento;

un profundo sentimiento

embargaba mi razon;

que aunque tengo pocos años,

hallé un padre de repente,

y atormentaban mi mente

pensamientos muy extraños!

¡El frio me puso yerta;

con todo, no me arredraba!

de mi padre me apartaba

únicamente esa puerta!

Que aunque mortal afliccion

su abandono nos causara,

¿cómo una hija repara?...!

¡Contra un padre, no hay razon!

¡Asi me lo has enseñado

aun sin contarme mi historia,

y tu acento en mi memoria

eternamente ha quedado!

¡Debe amarle con anhelo

la hija tierna y obediente;

que sus faltas, solamente

puede juzgarlas el cielo!

LUISA.

¡Hija del alma!



BLAS. ¡Hay tal cosa!  
¡Mi ternura me da enojos!  
¡las lágrimas á los ojos  
me ha sacado esta mocosa!  
¡No hay remedio! ¡Voy á entrar!  
¡yo hallaré medio de hablarle;  
cuando hija tal voy á darle,  
ya no debo vacilar!  
LAURA. ¿Va usted á entrar?  
BLAS. ¡Pues no, que no!  
LUISA. ¡Con prudencia, señor Blas!  
BLAS. ¡Eh! ¡tonta! ¡te callarás?  
Como si ignorase yo...

## ESCENA VI.

DICHOS, ANTONIO y el MÉDICO.

MÉDICO. Atrás, porque yo prohíbo  
que entre nadie á ese aposento!  
BLAS. Yo quiero al herido ver.  
MÉDICO. Ahora, ¡imposible es verlo!  
¡Pendiente se halla su vida  
del absoluto sosiego;  
si imprudente alguno osare  
contravenir mis preceptos,  
de la desgracia que ocurra  
será responsable al cielo!  
LUISA. ¡Ah!  
LAURA. ¡Dios mío!  
BLAS. (¿Si estará  
comprado el doctor?)  
ANTONIO. Yo os ruego  
por la vida de mi amigo  
que espereis.  
MÉDICO. En poco tiempo  
se curará con reposo,  
y entonces verle sin riesgo  
se podrá, mas entre tanto  
que no dé mi asentimiento,  
¡lo repito! de su muerte,  
¡os haré cargo severo!



LUISA. Señor, de tanto peligro...

MÉDICO. Señora, salvarle creo;  
mas el golpe en la cabeza  
es peligroso en extremo,  
y solo puede curarle  
la quietud; tranquilo sueño;  
la mas ligera impresion,  
la mataria.

LUISA. Prometo,  
señor doctor, resignarme.

MÉDICO. ¡Solo por su bien lo espero!

### ESCENA VII.

LUISA, LAURA y BLAS.

LUISA. ¿Lloras, hija?

LAURA. ¿Cómo no?  
Yo que tan feliz vivia,  
siento mortal agonía;  
angustia terrible.

BLAS. ¡Oh!  
hija, ¡sosiégate! ¡el cielo  
le dará salud y vida!

LUISA. ¡Hija mía! ¡hija querida!  
¡pronto vino el desconsuelo  
tu juventud á amargar!  
¡mi yerro fatal expio!

LAURA. Hallando así al padre mio  
¿cómo no le he de llorar?  
¡Mas aunque tanta afliccion  
me causa agudo tormento,  
un grato presentimiento  
abriga mi corazón!  
Dos hombres aqui han venido  
con mi padre.

LUISA. Si.

BLAS. ¡Es verdad!

LAURA. ¡Esos con fiera maldad  
alguna trama han urdido!  
Tal vez un plan combinado  
con el médico... ¿quién sabe?



espero no esté tan grave  
como nos han ponderado!

LUISA. Tú sospechas...

LAURA. ¡Lo sospecho!

¡Eso consuela mi afán!  
presumo que existe un plan  
y lo presiente mi pecho,  
formado por esos dos!  
mi padre se curará;  
con nosotros hablará  
si me da su ayuda Dios!

BLAS. ¿Qué proyectas?

LAURA. ¡Aun no sé!

Pero yo encontraré modo  
para descubrirlo todo.

BLAS. Mas...

LAURA. ¡Tengo esperanza y fé!

LUISA. No des un paso imprudente...

LAURA. ¡Descuida, madre querida;  
me importa mucho la vida  
del que allí se halla doliente!  
Por si acaso Dios me inspira,  
que siempre ayuda á los buenos,  
déjame sola á lo menos  
un instante, ¡que él me mira!

LUISA. Pero quieres...

BLAS. ¡Y hace bien!...

mientras ella pide á Dios  
que la inspire, allí los dos  
le rogaremos también!

## ESCENA VIII.

LAURA.

(De rodillas.) Dios infinito,  
¡creador del mundo!  
mi mal profundo,  
mi angustia ves!  
¡Ves el tormento  
de triste madre!  
salva á mi padre!



¡Sálvalo pues!  
De hábito negro  
toda mi vida  
iré vestida,  
Dios de piedad!  
La vida salva  
de mi buen padre;  
dále á mi madre  
felicidad!  
¡Virgen Maria!  
¡reina del cielo!  
¡calma el anhelo  
del corazón!  
¡Ruega á tu hijo  
me dé una idea!  
¡mi escudo sea  
tu bendición!

(Queda pensativa con el rostro entre las manos: Antonio y dos hombres salen silenciosos por el foro y la sorprenden; al ir á gritar la tapan la boca con un pañuelo y los dos hombres se la llevan. Antonio queda solo en la escena.)

### ESCENA IX.

ANTONIO, despues FERNANDO.

ANTONIO. ¡Favorable la ocasion  
se presentó por mi vida!  
ahora haremos que la madre  
busque sin tregua á su hija!  
Los hombres que se la llevan  
ya con instrucciones mias,  
la guardarán de manera  
que encontrarla no consiga.  
El golpe está bien pensado;  
llamaremos en seguida  
á Fernando, porque obre  
de hoy mas como yo le diga.

(Llega á la puerta derecha, hace señas y sale Fernando.)

FERN. ¿Qué ocurre?



ANTONIO. Todo va bien:  
desapareció la niña.

FERN. ¿Pero cómo?... (Asustado.)

ANTONIO. Nada temas;  
aqui dos hombres traia  
prevenidos de antemano;  
la hallamos muy distraida;  
creo que oraba; la tapamos  
la boca, y la pobre chica  
por ellos arrebatada  
va hácia la tierra vecina.

FERN. Pero ¿qué piensas hacer?

ANTONIO. Quiero solo que le digas  
á la madre, que la matan  
como en ver al padre insista;  
la dirás, cuando llorosa  
y angustiada te la pida,  
que se encuentra en una casa  
en esa próxima villa.  
Ella irá á buscarla; entonces  
sacamos á toda prisa  
á tu tío, que se encuentra  
casi bueno de la herida.  
El doctor, por mí engañado,  
hizo una farsa inaudita.

FERN. Pero ese Blas...

ANTONIO. Él tambien  
irá en busca de la niña,  
pues la quiere casi tanto  
como si fuese su hija!

FERN. Mas el empeño del tío  
de querer ver á Luisa...

ANTONIO. Ese ya lo extinguiremos;  
le haremos ver que ella habita  
con ese hombre, que aunque viejo...  
los viejos, tambien excitan  
celos y desconfianza!  
la trama está bien urdida,  
y solo falta que tú  
me ayudes.

FERN. Mas si imaginas  
algun crimen...



ANTONIO. No he pensado  
en el crimen, no te aflijas.  
Así que estemos ya todos  
muy lejos de aquí, en seguida  
un avisó mandaré  
á esos hombres, y á la niña  
la pondrán donde se venga  
hasta su casa ella misma.  
Pero sale aquí la madre;  
con ella te dejo.

FERN. Mira...  
ANTONIO. Dile que se la han llevado  
hacia la próxima villa,  
y que tu tío se muere  
y ella le mata si grita.

## ESCENA X.

LUISA y FERNANDO.

LUISA. ¿Usted aquí?... ¿Mas dónde está  
mi hija?

FERN. ¡La buscas en vano!  
Unos hombres que han venido  
á tu hija se llevaron.

LUISA. ¡Mentira! ¡Laura! (Gritando.)

FERN. ¡Ven, calla!

en ese vecino cuarto  
está su padre infeliz  
ahora quizás espirando,  
y si tus gritos escucha  
acabarás de matarlo.

LUISA. ¡Que se muera! ¡Qué me importa  
si mi hija me han robado?

FERN. La perderás para siempre,  
porque si logras gritando  
que mi tío conmovido  
muera de dolor, la mato!

LUISA. ¡Jesus! ¡infame, cruel! (Reconcentrado.)  
¡dámela ó te despedazo!  
¡Ya no grito! ¡Mas leona  
á quien vil has provocado,



- sabré si no me la vuelves  
hacerte trizas!... ¡Villano!
- FERN. Aunque terrible amazona  
hoy tu vengativo brazo  
fin pusiera á mi existencia,  
¿qué lograbas? Por acaso  
después que me hubieras muerto  
te diera tu hija?
- LUISA. ¡Dios santo!  
¡Dios justo! ¡dame valor!  
¡Véame usted á sus piés llorando;  
devuélvame usted á mi hija!  
¡por lo que hay de mas sagrado  
en el mundo se lo ruego!  
¡Apiádese de mi llanto!  
¡Si no quiere que jamás  
vea á su padre, sin descanso  
yo con ella partiré  
á países muy lejanos!  
¡No lo verá! Yo tampoco  
quiero verle... ¡Por Dios santo!  
¡Devuélvame usted á mi hija!
- FERN. (¡Oh! ¡qué idea!) Sin reparo  
te diré dónde se halla;  
pero antes, por tu mano,  
escribirás lo que dicte...
- LUISA. ¡Aqui hay tintero, á dictarlo!
- FERN. (Dictando.) «Juro en el nombre del cielo;  
solemnemente declaro  
que mi hija Laura no es...
- LUISA. (¡Qué situación! ¡Yo me abraso!)
- FERN. Hija de Eugenio de Lara.»
- LUISA. ¡Infame! Y yo por mi mano...
- FERN. ¡Vamos! ¿Lo firmas?
- LUISA. ¡Jamás!
- FERN. ¡Inútil será tu llanto!  
¡nunca hallarás á tu hija!
- LUISA. ¡Es imposible! ¡Malvado!  
¿No habrá justicia en la tierra?  
Al pueblo mas inmediato  
correré; en los tribunales  
referiré el atentado.



- FERN. ¡Si á salir llegas de aqui  
sin firmar eso, la mato!
- LUISA. ¡Miserable!
- FERN. ¡Morirá!  
Yo despues sufriré el fallo  
de los jueces; no hay testigos  
ni pruebas.
- LUISA. ¡Dios soberano!
- FERN. ¡Tengo en mis manos su vida!
- LUISA. ¡(La matarán los malvados!  
¡Si pudiera ganar tiempo!...)  
Si eso firmo...
- FERN. De contado  
te digo dónde se halla.
- LUISA. Voy á firmar. ¡Oh quebranto!  
¡pobre hija mia! (Firmando.)
- FERN. (Ya firma.  
El golpe está asegurado.)  
Dáme.
- LUISA. ¿Dónde está mi hija?
- FERN. En ese pueblo inmediato.  
(Escribe una contraseña que da á Luisa.)  
llevarás este papel  
á la posada: en entrando  
preguntarás por Gaspar  
Antunez, que ese es el amo;  
le entregas la contraseña,  
y verás que sin reparo  
te devolverán tu hija.
- LUISA. Si me engaña...
- FERN. No te engaño.  
(Aléjate, que á mi tio  
me lo llevaré entre tanto.)

## ESCENA XI.

LUISA, en seguida BLAS.

- LUISA. ¡Oh! ¡Maldicion sobre tí!  
¡Justicia, Dios infinito!  
Yo desmentiré ese escrito...  
¿Pero qué aguardo ya aqui?



BLAS. ¿Qué tienes, Luisa, que estás  
convulsa y desencajada?  
¿Qué te pasa? Dí, qué...

LUISA. ¡Nada!  
¡Blas, adios!

BLAS. ¿Adónde vas?

LUISA. Por mi hija.

BLAS. ¿Laura?...

LUISA. ¡Sí!

BLAS. Aquí quedó y ya no está;  
¿mas dónde fué?

LUISA. ¿Dónde?... ¡Ah!  
¡Me la han robado de aquí!

BLAS. ¡Robada! ¡Dios poderoso!  
¡mi hija! ¡mi bien! ¡mi alegría!

LUISA. ¡En tan terrible agonía  
ya lamentarse es ocioso!  
¡Sígame!

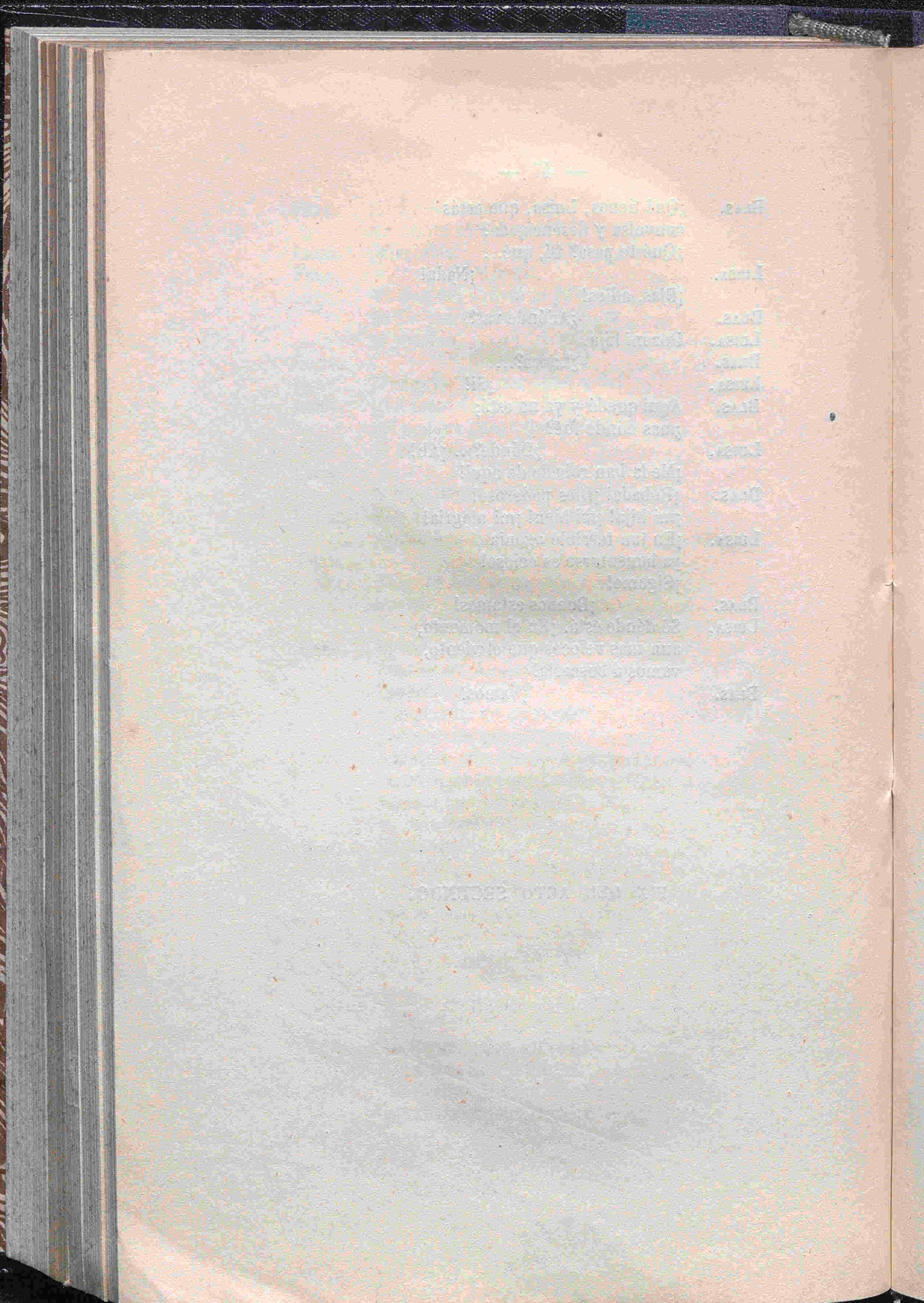
BLAS. ¡Buenos estamos!

LUISA. Sé dónde está. ¡En el momento,  
aun mas veloces que el viento,  
vamos á buscarla!

BLAS. ¡Vamos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.







---

## ACTO TERCERO.

---

Otra habitacion de la misma casa: puerta á la derecha: otra á la izquierda: ventana al foro: un armario al fondo, á la izquierda de la ventana: al lado del armario, entre este y la pared, una escopeta: mesa con recado de escribir: muebles rústicos.

### ESCENA PRIMERA.

D. EUGENIO y D. FERNANDO.

EUGENIO. He dicho que yo no parto  
sin verla.

FERN. Pero, señor,  
el día que llegó usted herido,  
al verlo, se sorprendió,  
y entre ella y ese anciano  
dueño de esta habitacion,  
no sé lo que pasaria;  
hablaron con tal calor...  
me pareció que eran celos...

EUGENIO. ¡Celos! ¿Qué dices? ¡Por Dios  
que calumnias á Luisa!  
Conozco su corazon,  
y si cometió una falta  
la culpa la tuve yo,



que vilmente la engañé!  
que la abandoné... ¡oh dolor!  
¡y presiento que esa niña  
que ante mí se presentó,  
es mi hija!

FERN. No quisiera  
aumentarle su dolor;  
mas me importa que usted sepa  
á qué atenerse.

EUGENIO. ¡No, no!  
ya desconfío de tí.

FERN. Usted ha tenido ocasion  
de conocer de Luisa  
la letra, ¿no es cierto?

EUGENIO. ¡Oh,  
ya lo creo!

FERN. Si recuerda  
su forma...

EUGENIO. ¿Por qué razon  
me haces esa pregunta?

FERN. Porque de aquí se marchó  
con la niña en aquel día,  
y me dijo: «Si es que Dios  
»salva la vida del hombre  
»que está en esa habitacion,  
»dígame no existe nada  
»de comun entre los dos.  
»Si quiere ver á mi hija,  
»pues segun me notició  
»el viejo Blas, ha llamado  
»por acaso su atencion,  
»déle este papel que firmo;»  
y este papel me entregó.

EUGENIO. ¡Su letra! ¡Su firma, si!  
¡terrible revelacion!  
¡No es mi hija! ¡Esa mujer  
sin duda se pervirtió,  
y tal vez yo fui la causa!  
¡Cuál sufre mi corazon!  
¡Yo que soñé en mi delirio  
con el fruto de mi amor!  
¡Es cierto! ya no es posible



que yo quiera verla... ¡oh!  
¡Bien dijo, que nada existe  
de comun entre los dos!  
¡Está bien, hablamos pronto!

FERN. Aun el coche no llegó,  
pero no debe tardar:  
mi amigo por él partió,  
y es fuerza salir de aqui  
que lo aconseja el doctor.

EUGENIO. ¡Marchar, dejándome herido!

FERN. Como que solos los dos  
hemos estado en la casa.

EUGENIO. ¡Al verme en tal situacion  
dejarme sin darme auxilio!  
¡Justo castigo de Dios!  
¡Yo la dejé abandonada,  
sola con su deshonor!

FERN. Deseche usted esas ideas;  
mujer de su condicion,  
puso en juego su talento  
para con fingido amor  
fascinarle, con el fin  
de cambiar de posicion;  
porque de fijo, sus frases  
el interés las guió,  
¡mintiendo amor y ternura  
por la mezquina ambicion!

EUGENIO. Si, si! Tal vez el destino  
de ese modo permitió  
que yo no fuese juguete  
de esa mujer; ¡déla Dios  
toda la felicidad  
que de menos tengo yo!  
Ella al fin, tiene una hija  
que mitigue su dolor;  
tan apuesta, tan graciosa!  
Su rostro aqui se grabó  
en mi mente; sus palabras  
me hirieron el corazon!  
Y yo necio que pensé...  
marchemos pronto...

FERN. Señor,

:



ya me inquieta la tardanza  
de Antonio; si no encontró  
acaso coche...

EUGENIO. En caballos  
partiremos.

FERN. Voy veloz  
á buscarlos. (Si, no vuelvan,  
porque todo se perdió  
como él hable con Luisa.)

EUGENIO. Anda, Fernando, por Dios;  
no quiero estar mas aqui.

FERN. Voy al punto. (Algo ocurrió  
á Antonio que tanto tarda;  
¡me mata su detencion!)

## ESCENA II.

EUGENIO.

Fernando dice muy bien;  
él solo mira por mí:  
recojamos los efectos  
que allí tengo, con el fin  
de salir en cuanto avise  
para que huyamos de aqui.  
Herido viene á esta casa  
donde hallé consuelos mil;  
pero si el cuerpo ha sanado,  
al alma siento sufrir  
un tormento inexplicable!  
¿Por qué tan inícuo fui?  
Por consejo de Fernando  
la dejé... marché á Paris...  
Mas entonces, ella estaba  
en cinta... ¡ay, infeliz!  
Si esa niña no es mi hija,  
si yo vida no la dí,  
¿qué ha sido del triste fruto  
de nuestro amor? Vienen, si!



ESCENA III.

DICHO, FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO. Ya espera el coche, señor,  
y á fé que costó encontrarlo.

FERN. Partamos en el momento.

EUGENIO. ¡Ya no partimos, Fernando!

ANTONIO. ¿Cómo?

FERN. ¿Qué dice?

EUGENIO. ¡Que no!

¡Con tristes dudas batallo  
que es forzoso las aclarar,  
y no partiré entre tanto!

FERN. Mas el doctor lo mandó.

EUGENIO. Agradezco su cuidado;  
¡pero tiene tal empeño  
en hacer ver que estoy malo  
cuando ya me encuentro bien,  
que es intempestivo acaso!  
Yo necesito esperar  
á que aqui tornen los amos  
de la casa, y aun pagar  
con largueza...

FERN. ¡Pues es claro!

¡le dejaremos dinero!

EUGENIO. ¡No fuera digno ni honrado  
pagar su hospitalidad  
partiendo sin esperarlos!  
necesito darles gracias  
por haberme aqui amparado.

ANTONIO. (¡Si vuelven se pierde todo!)

FERN. (Si pudiéramos acaso  
ganar tiempo...)

ANTONIO. (Impediré  
que aqui vuelvan; entre tanto,  
mira tú si le conoces.)  
(¿Por qué mi hacienda he prestado  
á este hombre, cuya herencia  
cuesta tales sobresaltos?)



ESCENA IV.

EUGENIO y FERNANDO.

FERN. Miro ya comprometida  
la salud que tanto aprecio.

EUGENIO. Por un escrúpulo necio,  
no emprendo así la partida!  
Cuando de España marché  
por tus malditos consejos  
y á olvidar fuí desde lejos  
á la que triste dejé,  
fuí mal hombre! fuí mal padre!  
debí pensar que dejaba  
un ser que se sustentaba  
en el seno de su madre!  
¡Con harta razon me aflijo!  
no es mi hija Laura: cruel  
lo dice en este papel.  
¡Entonces, qué es de mi hijo?  
¡Desgarrando está mi pecho  
la incertidumbre fatal,  
y de esta duda mortal  
quiero quedar satisfecho!

FERN. (¡Somos perdidos!) Señor,  
casi he sabido de cierto...

EUGENIO. ¿Qué?

FERN. Que al mundo vino muerto  
aquel fruto de su amor.

EUGENIO. ¡Oh! ¡muerto! ¡fatal estrella!  
de todos modos, espero!  
de fijo saberlo quiero!  
debe decírmelo ella!

FERN. Si resuelve usted esperar  
á que venga será en vano,  
que no la deja el anciano:  
la pudiéramos buscar.

EUGENIO. Es verdad; la buscaré,  
aunque la esconda la tierra.

FERN. Al lugar donde la encierra,  
yo, señor, le llevaré;



que por un acaso yo  
he podido averiguar  
dónde la esconde.

EUGENIO. Marchar  
debemos al punto.

FERN. ¡Oh!  
logré sacarle de aquí,  
que ya buscaremos modo!...)

EUGENIO. Anda pues; disponlo todo,  
y ven á avisarme.

FERN. ¡Si!

### ESCENA V.

EUGENIO, despues LAURA, por la ventana.

EUGENIO. ¡Con afán la buscaré,  
pues saber al punto debo  
qué ha sido del triste ser  
que tuvo vida en su seno!

LAURA. ¡Está la puerta guardada;  
por la ventana me entro!

EUGENIO. ¿Quién va?

LAURA. Señor...

EUGENIO. ¿Tú aquí?

LAURA. Yo soy: Laura, y aquí vengo  
escapada de las garras  
de unos viles traicioneros  
que tapándome la boca  
me robaron.

EUGENIO. ¿Cómo? ¡Cielos!  
explica...

LAURA. ¡Me explicaré  
sin andarme con rodeos;  
se acompaña usted, señor,  
de dos hombres muy perversos,  
que á que yo y mi pobre madre  
le habláramos, se han opuesto!

EUGENIO. ¿Qué dices?

LAURA. Con el doctor  
estaban los dos de acuerdo;  
¡y qué bien lo presumia!



que se estaba usted muriendo  
dijeron esta mañana,  
y ahora por lo que veo  
felizmente usted disfruta  
de mas salud que no ellos!  
Porque si del cuerpo no,  
del alma estan muy enfermos!

EUGENIO. ¿Tu madre no se marchó,  
el día que me trajeron,  
con el anciano?

LAURA. ¿Marchar?  
¡En el próximo aposento  
á Dios por usted rogando  
nos hemos pasado el tiempo,  
deseando una ocasion  
favorable para verlo!  
Pero como con usted  
han venido fariseos  
que no nos dejaron...

EUGENIO. ¡Si,  
la trama voy comprendiendo!

LAURA. Allí me quedé solita  
esta mañana, y vinieron  
unos hombres; me taparon  
la boca con un pañuelo,  
y cogiéndome en sus brazos  
hácia la sierra partieron  
impidiéndome gritar;  
marcharon un grande trecho,  
y ya en el bosque cansados  
me dejaron en el suelo;  
segun sus frases, señor,  
eran unos bandoleros  
que juraban no entregarme  
si el rescate no era bueno!

EUGENIO. ¡Infames!

LAURA. Ya de la boca  
me quitaron el pañuelo;  
quisieron echar un trago  
allí á la sombra; uno de ellos  
tenía una bota de vino  
y sacó un poco de queso,



y entre votos y blasfemias  
con gran descanso comieron.  
Comprendí mi situación;  
procuré fingir sosiego  
y que no los comprendia;  
pedí de comer; me dieron:  
de la bota que llevaban,  
fingí beber; pero ellos  
movidos por mis instancias  
apuraron con exceso;  
fingí dormirme despues;  
ellos, de veras durmieron.  
Al cielo pedí su amparo,  
y amparo me ha dado el cielo!  
pues me escapé, y he corrido  
porque Dios me dió su aliento,  
hasta llegar á esta casa:  
un coche he visto dispuesto,  
y á la puerta ví unos hombres  
que por dicha no me vieron!  
Di la vuelta; la ventana  
estaba abierta, y adentro!  
¡Gracias á Dios, que consigo  
que podamos entendernos!

EUGENIO. ¿Entendernos? Pero di...

LAURA. Mas antes la puerta cierro  
y la ventana, no vengan  
á estorbar y á sorprendernos. (Cierra.)

EUGENIO. ¿Quién es tu padre?

LAURA. ¡Señor,  
(Despacio y sentido.)  
no lo he conocido!

EUGENIO. ¡Cielos!

LAURA. Si es padre el que ser nos da  
y no vuelve mas á vernos,  
y se olvida que existimos  
sin guardarnos un recuerdo,  
entonces... ¡pobre de mí!  
yo no sé si padre tengo!

EUGENIO. ¡Dios mio!

LAURA. Si padre es  
el que vela nuestro sueño,



el que goza en contemplarnos,  
que nos cubre con sus besos  
y del camino espinoso  
de la vida que corremos  
nos abre con buenas obras  
y con saludable ejemplo  
la senda que nos conduce  
á la dicha, sí le tengo!  
Tengo ese padre, señor,  
en un extraño, en un viejo  
que se desvive por mí:  
me calienta con su aliento  
cuando la nieve nos cubre  
con sus copos el invierno;  
él goza en mis travesuras,  
él me regaña con ceño  
al corregirme mis faltas,  
y vuelve á muy poco tiempo  
conmovido, á contentarme  
con un cariñoso beso!

¡Si esto es un padre, señor,  
un padre me ha dado el cielo!

EUGENIO. ¡Expícate! tus palabras  
á la verdad no comprendo.  
No juzgues de las acciones,  
porque el destino .. el infierno  
á veces... dime, hija mia,  
¿tu madre nunca te ha hecho  
comprender quién es tu padre?

LAURA. Hace ya bastante tiempo  
que la pregunté curiosa,  
y con dolorido acento  
me contestó: «No preguntes  
»por tu padre, porque ha muerto!»  
Al ver dos líquidas perlas  
correr por su rostro bello,  
al contemplar su dolor,  
yo comprendí el sentimiento  
que mis frases la causaron,  
y siempre guardé silencio  
sobre este punto; no quise...  
mas hace muy poco tiempo



que un hombre herido yacia  
postrado en humilde lecho;  
mi madre y yo, consternadas  
en el próximo aposento,  
con solícito cuidado  
quisimos entrar á verlo,  
mas que estaba en la agonía  
unos hombres nos dijeron.  
Mi madre entonces llorando  
á mi dirigió su acento:  
«¡Hija mia, de rodillas  
»eleva ferviente ruego  
»al Creador omnipotente!  
»Y porque llegue hasta el cielo  
»tu plegaria, salir debe  
»de lo íntimo de tu pecho:  
»llora y reza... ¡que es tu padre  
»quien muere en ese aposento!»  
Lloré y recé con afán,  
y vivo, señor, os veo.

EUGENIO. ¡Hija del alma! ¡Tú eres  
mi hija! ¡Lo estan diciendo,  
á mas de tus tiernas frases,  
los latidos de mi pecho!  
¡Ven á mis brazos!

LAURA. (Abrazándole.) ¡Oh, padre! (Pausa.)

EUGENIO. ¡Tu cariño no merezco!  
pero yo sabré enmendar  
en adelante mi yerro.

LAURA. Miro en usted solamente  
al que me dió el ser que tengo;  
la sangre que hay en sus venas  
circulando está en mi pecho,  
y al hijo le toca solo  
guardar al padre respeto!

EUGENIO. Pero si el padre fué malo...

LAURA. ¡Que lo juzgue el Juez supremo!

EUGENIO. ¡Pero no podrás amarme!

LAURA. ¡Es mi deber!

EUGENIO. ¡Justo cielo!

LAURA. Mi madre, que me enseñó  
á rezar, al mismo tiempo



me enseñó la obligacion  
que cual hija...

EUGENIO. ¡Lo comprendo!

¡Tanta virtud me avergüenza!  
me mata el remordimiento!  
fuí un vil, un miserable!  
¡Ser tu padre no merezco!  
(¡Mas este papel, Dios mio!  
¡será falso!... Lo sospecho.  
¡Mi hija le estorba al malvado!  
y su infame compañero...)  
Dí, la letra de tu madre  
tú la conoces, ¿no es cierto?

LAURA. ¡Vaya una pregunta!

EUGENIO. ¿Si?

LAURA. ¡Conocerla, ya lo creo!  
¡Si de leer y escribir  
ella ha sido mi maestro!

EUGENIO. ¿Lees y escribes?

LAURA. Si, señor.

¡Digo! ¡Y hace poco tiempo!

EUGENIO. ¿Esta letra es de tu madre?

LAURA. Si, señor. (Viendo el papel.)

EUGENIO. Si algun perverso  
la ha fingido...

LAURA. ¡No, es de ella! (Leyendo.)

¿mas qué estoy mirando? ¡Cielo!

EUGENIO. Si es verdad eso que dice...

LAURA. ¡No es verdad!

EUGENIO. ¿Cómo?

LAURA. No entiendo

por qué ha escrito... pero aqui  
se encubre un grave misterio;  
en un momento solemne,  
creyéndole casi muerto,  
con lágrimas en los ojos  
y con la angustia en el pecho,  
puesta de hinojos, me dijo  
mi madre con triste acento:  
«llora y reza, que es tu padre  
quien muere en ese aposento.»  
Y el que siente con el alma,



no puede sentir mintiendo.

EUGENIO. ¡Tienes razon, hija mia!  
¡tú viertes dulce consuelo  
en la desgarrada herida  
que en el corazon me han hecho.  
¡La ambicion de mi sobrino  
cada vez mas clara veo!  
Mas juro que su castigo...  
¡lo abandono y desheredo!

LAURA. ¡Oh, no!

EUGENIO. ¡Mis bienes son tuyos!

LAURA. Padre y señor, yo no entiendo  
de bienes; yo quiero solo  
de usted cariñoso afecto,  
y que cese de mi madre  
el dolor en que la veo.

(Acariciándole.)

Dé sus bienes al sobrino,  
para mí su amor y un beso!  
¡y él es mas desgraciado,  
que yo lo mejor me llevo!

EUGENIO. ¡Hija del alma; ¿Y tu madre?  
¿dónde está que no la veo?  
¿Y el noble anciano que dices  
te ha cuidndo con esmero?  
¿Dónde está? ¡mi gratitud  
quiero mostrarle al momento!

LAURA. Me robaron... y no sé...  
los pobres con desconsuelo  
quizá me buscan.

EUGENIO. ¡Verdad!

LUISA. (Dentro.) ¡Socorro!

LAURA. ¡Mi madre!

EUGENIO. (Abriendo la puerta.) ¡Cielos!  
¡Infames, tened! ¡Atrás!

paso á Luisa. (Esta salo y se precipita en sus brazos.)

LUISA. ¡Ay, Eugenio!

(Se presenta Fernando en la puerta. Laura se oculta  
detrás de Eugenio. Pausa.)



ESCENA VI.

DICHOS, LUISA y FERNANDO.

EUGENIA. ¿Por qué esa violencia?

FERN. (Turbado.) Yo...

pensando le dañaría  
una emoción todavía...

LUISA. ¡Infame, que me robó  
mi hija! ¡Que fermentado  
me dice que en el lugar  
vecino la debo hallar  
y en vano lo he recorrido!

LAURA. ¡Madre mía! ¡Estoy aquí!

FERN. (¡Cielos!)

LUISA. ¡Hija! ¡Hay Providencia!

EUGENIO. (Á Fernando.) Humíllate en mi presencia,  
¡traidor! ¡aleve! ¡ay de tí!  
Luisa...

LUISA. ¡Pronto, señor!  
¡prestemos á Blas socorro!

LAURA. ¿Á Blas?

LUISA. Los infames...

LAURA. ¡Corro! (Váse.)

LUISA. El otro amigo traidor  
de ese hombre, con su gente  
nos asaltó en el camino!  
¡temo que el vil asesino  
un crimen feroz intente!

EUGENIO. Vamos, si, y ¡ay de los dos!  
¡tu maldad he conocido!

FERN. Mas yo...

EUGENIO. ¡Calla, fermentado!

¡Vamos al punto!

LUISA. ¡Gran Dios!

ESCENA VII.

FERNANDO, en seguida ANTONIO.

FERN. ¿Cómo ha llegado hasta aquí



esa niña? ¡Maldicion!  
mi tío, sin remision  
me deshereda... ¡ay de mí!

ANTONIO. ¡Fernando, todo es perdido!  
todo está ya descubierto,  
y para evitar el mal  
no me ocurre mas que un medio!

FERN. ¿Cuál es?

ANTONIO. Pues tiene tu tío  
hecho ya su testamento  
á favor tuyo, es preciso  
que antes que haga otro nuevo  
ni á su hija reconozca...

FERN. ¿Qué?

ANTONIO. ¡Que muera!

FERN. Lo que es eso...

ANTONIO. ¡Es preciso!...

FERN. ¡No! .. ¡No, Antonio!  
¡Ese crimen no consiento!

ANTONIO. ¿Consentirás que se trueque  
el fausto en que estás viviendo  
por la miseria? ¿El favor  
de tus amigos y deudos  
y el respeto de la gente  
por el desden y el desprecio?  
¿Preferirás mendigar  
de tu tío los consuelos,  
y que esa misma Luisa,  
conservándote odio eterno,  
se digne darte limosna  
como á un triste pordiosero?

FERN. Trabajaré...

ANTONIO. ¡Desdichado!  
¡Si has desperdiciado el tiempo!  
si no sabes hacer nada  
para ganar el sustento...

FERN. ¡Bien! Moriré en la miseria,  
mas tal crimen no consiento!

ANTONIO. ¡Hablemos claros! aquí  
es preciso que zanjemos  
nuestras cuentas: ó me pagas  
el capital y los réditos,



ó yo tomo mis medidas  
contra tí!

FERN. ¡Divino cielo!

ANTONIO. ¡Sabes que puedo hacer uso  
de un terrible documento!  
en él te obligas...

FERN. ¡Oh, calla!

eres demonio perverso  
que hácia la senda del crimen!  
me arrastras, vil usurero!

ANTONIO. Yo perderé mi fortuna;  
mas decidido me encuentro  
á arruinarte! ¡á envilecerte!

FERN. ¡Se sienten pasos!... ¡silencio!

ANTONIO. ¡Se acercan! ¡Éntrate aquí,  
y la ocasion esperemos!

### ESCENA VIII.

LAURA.

¡Pobre Blas! herido viene  
por esos viles; fortuna  
que acudieron los civiles  
para terminar la lucha,  
y llevan presos y atados  
á los infames; ninguna  
herida ofrece peligro;  
mas mi pecho se atribula  
al ver sangre, y me adelanto  
para ver si encuentro alguna  
de las vendas que sirvieron  
para mi padre; sin duda  
allí las habrá de sobra;

(Se dirige á la puerta de la derecha.)

voy á ver... ¡pero se escucha

hablar bajo en esa alcoba!

son los malos, y disputan!

¡Qué dicen! ¡Y yo estoy sola!

¡Ah! ¡Me escondo! ¡habla con furia

uno de ellos! ¡Gran Dios!

¡dále á la inocencia ayuda!

(Se oculta entre el armario y la pared.)



## ESCENA IX.

LAURA oculta: EUGENIO y despues ANTONIO.

EUGENIO. (Desde la puerta de la izquierda, hablando hacia dentro.)

¡Que le curen al momento!

¡qué perfidia! ¡qué maldad!

Mas ese infame sobrino

y su amigo, ¿dónde estan?

(Se sienta junto á la mesa que estará á la derecha:

apoya la frente en las manos: Laura va á salir á

tiempo que sale Antonio y vuelve á quedar oculta:

Antonio saca un puñal en la mano.

ANTONIO. (Esta es la ocasion; le hiero,  
y escapo sin vacilar

por esta ventana: bien!

Y Fernando que allí está

saldrá tambien al ruido

y se pondrá en salvo...)

LAURA.

(¡Ah!)

ANTONIO. ¡El momento es oportuno! (Blande el puñal.)

LAURA. (¡Qué miro!)

ANTONIO. (¡Valor!)

LAURA. (Se interpone apuntándole con la escopeta.)  
¡Atrás!

ANTONIO. ¡Cielos!

EUGENIO. (Sorprendido.) ¡Quién! ¡Infame!

LAURA. Suelta pronto ese puñal,  
ó niña y todo disparo!

ANTONIO. ¡Maldicion!

LAURA.

Sin vacilar,

porque yo á matar las fieras  
acostumbrada estoy ya!

EUGENIO. Pero comprender no puedo...

LAURA. Le queria asesinar;  
yo estaba allí...

EUGENIO. ¿Mi sobrino?...

LAURA. En aquella alcoba está.



ESCENA X.

DICHOS, LUISA, BLAS, UN SARGENTO y tres guardias civiles.

LUISA. Eugenio, buscan aqui...

SARG. Buscamos á un don Antonio  
que ha pagado á los infames  
que ya prendimos nosotros,  
para que á ese pobre anciano  
atacaran alevosos.

ANTONIO. ¡Es falso!

SARG. Lo han declarado.

EUGENIO. ¡Y yo prestaré mi apoyo  
para que tenga el castigo  
que merece! Este hombre odioso  
ha intentado asesinarme  
hace un momento.

LUISA. ¡Qué oigo!

BLAS. ¡Si es un Judas!

SARG. ¿Es verdad?

EUGENIO. Á declararlo estoy pronto  
ante los jueces; yo soy...

SARG. Don Eugenio, le conozco.

EUGENIO. Este ángel por mí velaba,  
y se lanzó con arrojo,  
conteniendo al asesino  
con la escopeta.

BLAS. ¡El demonio  
es la chiquilla!

LUISA. ¡Hija mia!  
¿te atreviste de ese modo...

EUGENIO. Este es su puñal; el cuerpo  
de su delito alevoso!

ANTONIO. ¡Se me acusa con empeño,  
y se me nombra á mí solo!  
¡Hay otro mas criminal!

EUGENIO. ¿Quién?

ANTONIO. ¡Su sobrino!

LUISA. ¿Qué oigo?

ANTONIO. La causa de estos sucesos,  
este papel dirá pronto!



EUGENIO. (Lo toma y lee.) «Yo el abajo firmado, declaro  
»que debo á don Antonio Gonzalez y Espi-  
»nar, la cantidad de diez mil duros, por la  
»que me obligo á entregarle la mitad de to-  
»do lo que herede en fincas y metálico, á la  
»muerte de mi tio don Eugenio de Lara.»  
(Se oye un tiro en la alcoba.)

TODOS. ¡Ah!

SARG. ¡Ese tiro!

EUGENIO. Corramos.

(Entran todos, menos Antonio, Blas y los tres ci-  
viles.)

BLAS. Si en gentes de la ciudad  
se encubre tanta maldad,  
muy bien en el campo estamos!

LUISA. ¡Muerto! ¡muerto! (Salen todos horrorizados.)

LAURA. ¡Madre mia!

EUGENIO. ¡El infeliz es difunto!  
¡Señores, llevadle al punto  
á ese infame!

LUISA. ¡Aciago dia!

SARG. (Á los civiles.) Á ese vecino lugar  
llevadle inmediatamente;  
que venga el juez competente  
para el sumario formar. (Se lo llevan.)  
Yo quiero permanecer  
mientras la justicia llega  
y del cadáver se entrega,  
que asi cumplo mi deber.

EUGENIO. Partamos, hija, de aqui;  
¡sígueme tú, esposa mia!  
pagaré desde este dia  
lo que has sufrido por mí!

BLAS. (Conmovido.)  
Ustedes de aqui se van:  
felices vivid en calma.  
¡Laura! ¡Mi hija de mi alma!  
¡las penas me matarán!

LAURA. ¡No! (Abrazándole.)

EUGENIO. Usted de mi hija ha cuidado  
y venturosa la ha hecho,  
usted adquirió el derecho



de vivir siempre á su lado.

BLAS. ¡Oh! ¡Gracias!... Su amigo fiel...

EUGENIO. Marchemos ya.

(Van á salir: Eugenio conmovido dirige la vista hacia la puerta derecha, y dice:)

¡Desdichado,

bien sus culpas ha expiado!

LUISA. ¡Roguemos á Dios por él!

(Todos se arrodillan mirando á la derecha. Cuadro.)

FIN.

---

*Habiendo examinado este melodrama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

*Madrid 30 de Mayo de 1864.*

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.



XXIX















LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

454

154

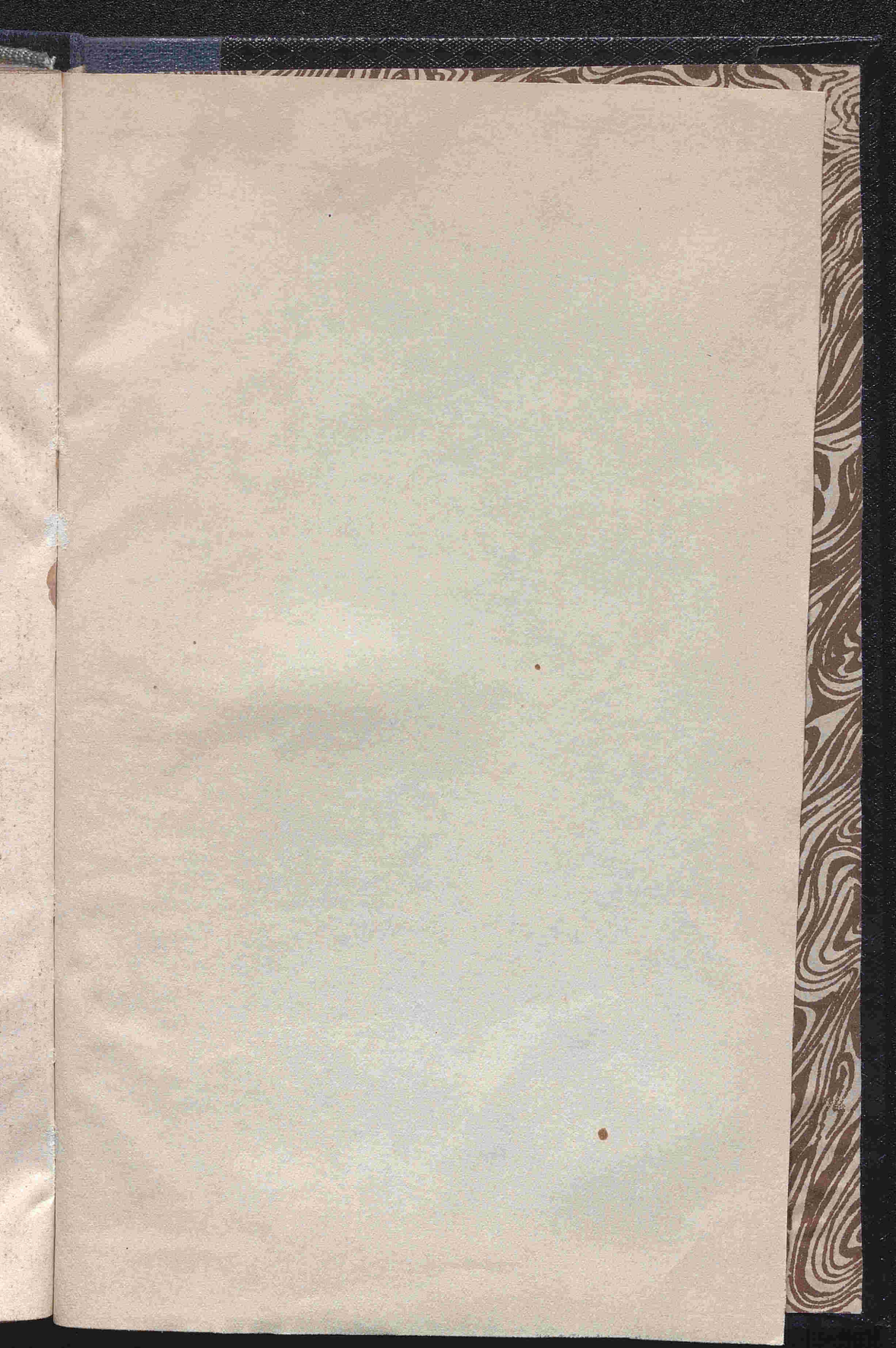
UNIVERSITY OF MICHIGAN

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY





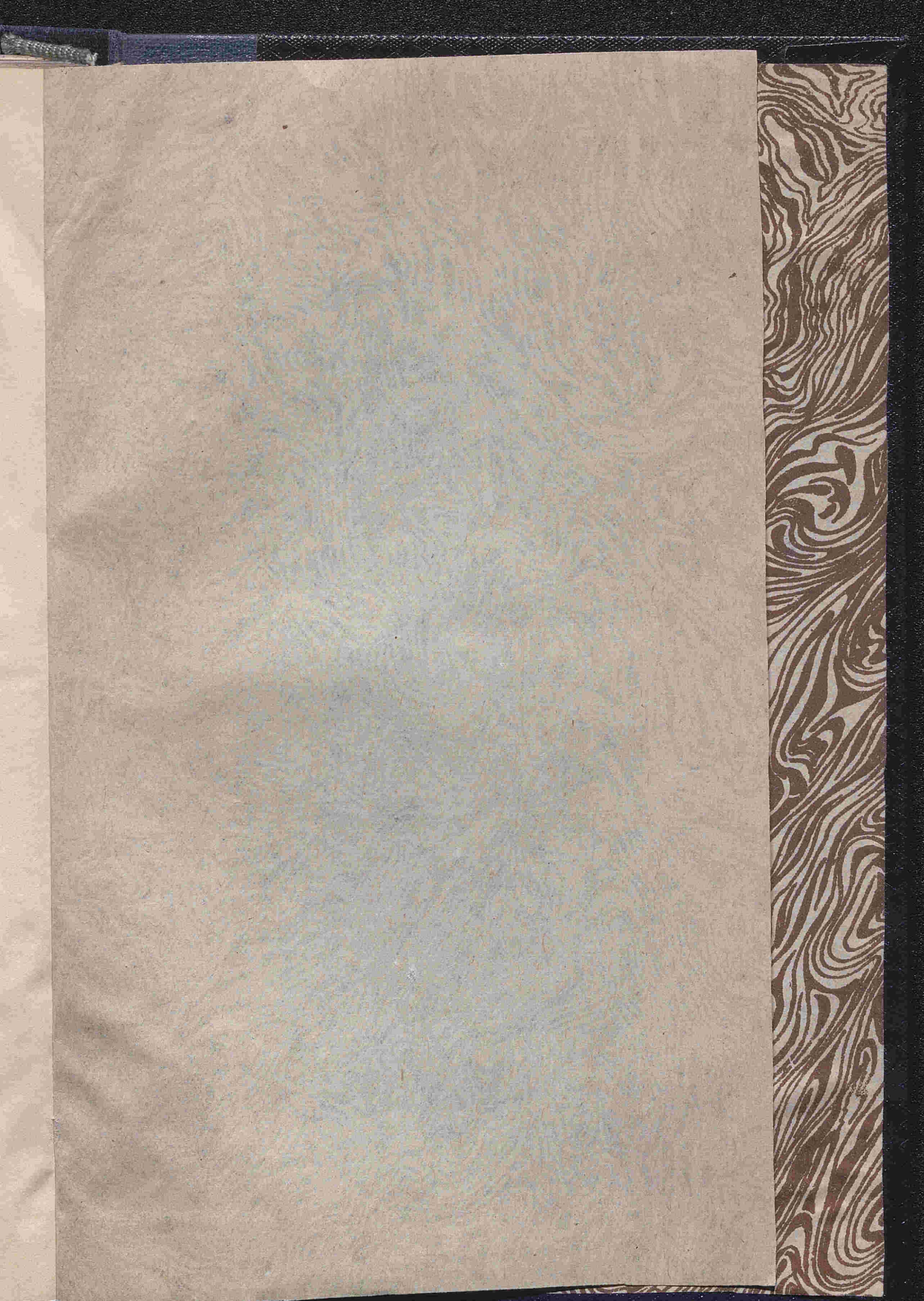




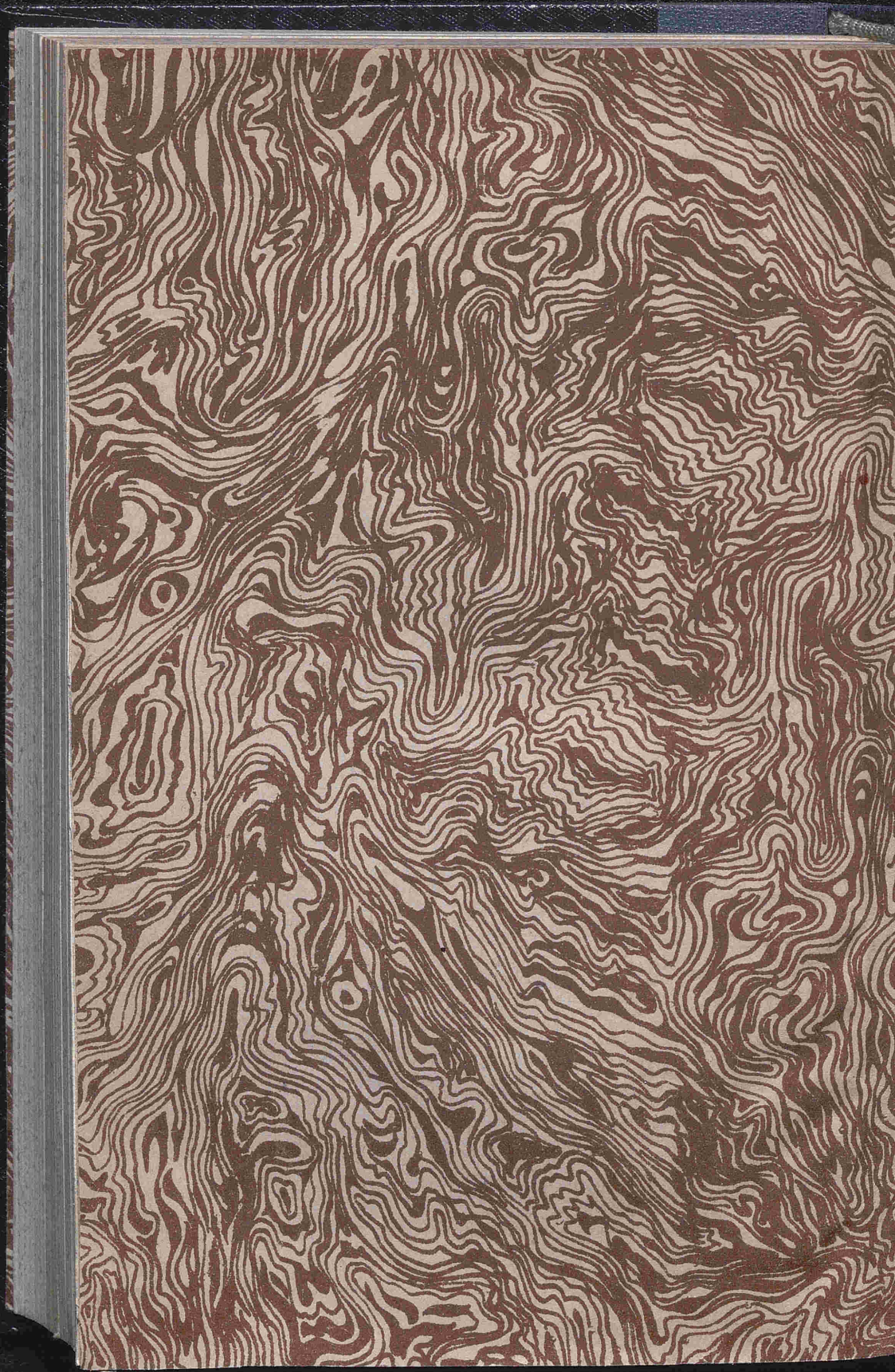








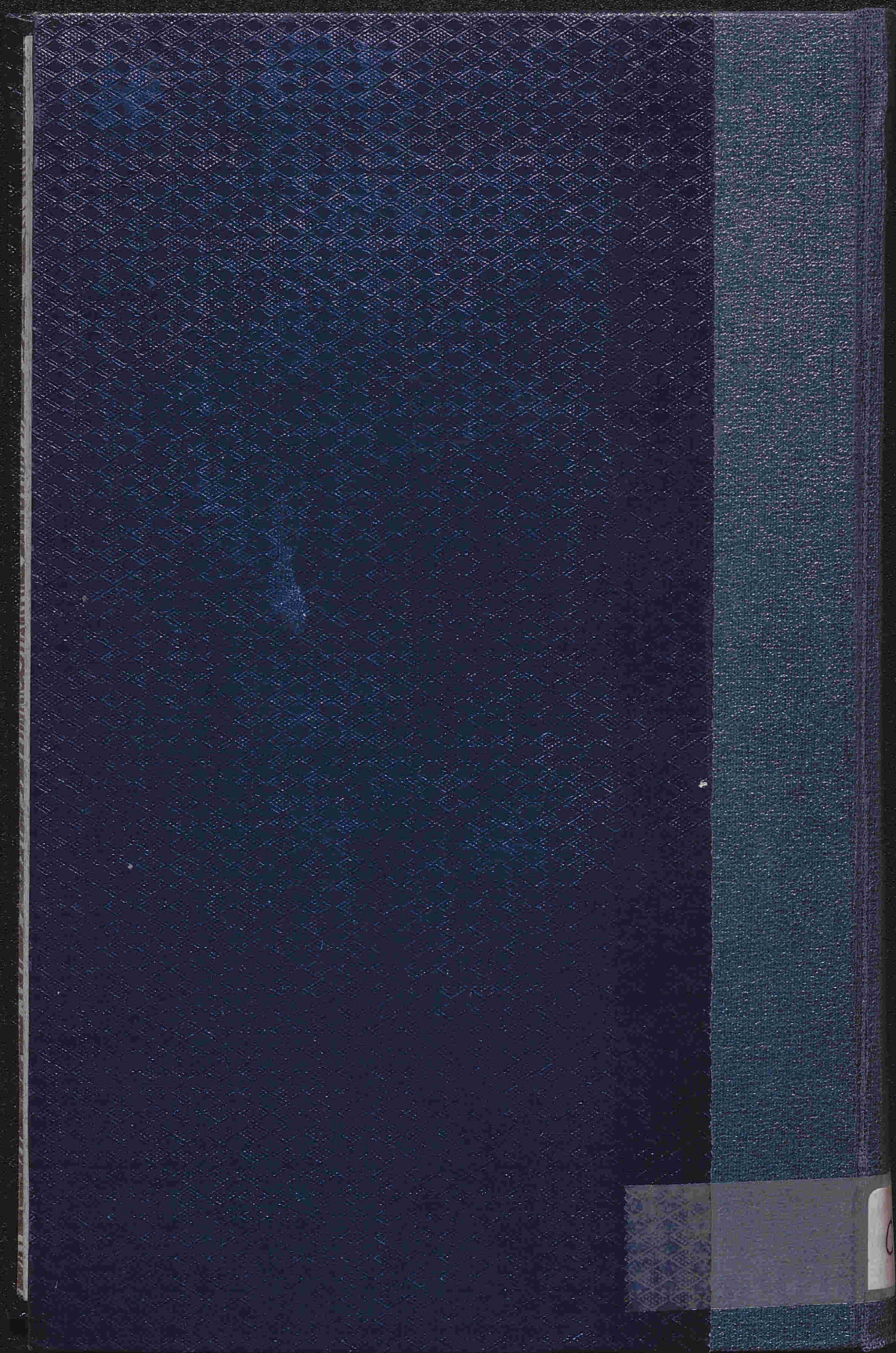














COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

134

CES-XIX